

CARTA SIN SOBRE A LOS SOCIALISTAS

AL llegar a los 86 años, desde el nuevo recodo de la cronología personal, siento necesidad de hablar en voz alta con los socialistas.

Refería Unamuno que andando por España, en una aldea allá perdida, había conocido un cura de tal modo identificado con su religión que al oficiar en su capilla "le parecía estar muy lejos del mundo; en una cueva del desierto, sólo con Dios". Y Unamuno agregaba este comentario: **aquel cura sentía su iglesia y había hecho de ella como un segundo cuerpo para su alma.**

Séame permitida una reflexión personal: ¡desgraciado del que, después de haber contribuido a levantar, piedra sobre piedra, una morada para cumplir su oficio y a la vez para que fuera otro cuerpo para su espíritu, un día ya exhaustas por los años sus energías, la ve caer deshecha en escombros!

No hay espectáculo más triste ni más repleto de sentido trágico, que el de las ruinas abandonadas; ni desgracia mayor que, de golpe, no sentir sobre el espínazo el peso de responsabilidades que se llevaban a cuestas por espontánea resolución.

De mí sé decir que en estos años me he sentido como un inválido y me he visto cada día decaer mucho más.

¿Es que, vosotros, socialistas más jóve-

nes que yo, no habéis sentido sensación semejante?

Nuestro compromiso con el socialismo no era por un tiempo, era por vida.

Por eso hoy os quiero hablar de aquellas ruinas.

Resguardado por una capa de polvo y de cenizas, yace el esfuerzo de varias generaciones, en espera, como el Lázaro de la leyenda bíblica, de las manos que lo vengán a reanimar. Allí está el panorama de nuestro espíritu; la geografía de nuestra alma; sus hondonadas, sus cumbres, sus llanuras. Allí están nuestros sueños, nuestras decepciones, nuestras esperanzas, nuestros sinsabores, nuestras pasiones. Y allí también nuestros errores, incluido el de los "teóricos" de laboratorio que olvidaron el consejo del filósofo español de que "quienes no beben sino ideas destiladas, matemáticas, sin sales ni yodos de la tierra impura, acaban por padecer bocio y cretinismo intelectuales".

Allí está, soterrada, aquella fraternidad que nos llegaba por recónditos caminos y que nos hacía sentirnos de la misma familia (más allá del tiempo y de la sangre) a los que nos emparentábamos por una misma manera de entender las cosas y de vivir la vida.

Allí está, sepulto (o acaso hasta insepul-

to, lo que es más trágico todavía), un tiempo muerto para los demás pero vivo para nosotros, sus protagonistas. Allí está el camino que recorrimos de un modo y que ya no podremos andar de otro.

No miro hacia esas ruinas con nostalgia, porque la nostalgia es una manera de regreso espiritual y una forma pasiva de la protesta, y nosotros tenemos que andar cara adelante, tratando de participar en la construcción del futuro.

Es hora de quitar polvo y cenizas y en un quehacer de constructores, no de arqueólogos, reordenar todo lo que haya podido traspasar el cernidor del tiempo y las circunstancias, para exponerlo a campo abierto, al aire libre, a la luz del sol. Para un improrrogable trabajo de recreación ideológica que plasme en plan capaz de responder con eficacia a los requerimientos de nuestro país y de sus nuevas generaciones.

Sin propósito disminuyente para los demás partidos políticos, y sólo en razón de discrepancias ardorosamente expuestas a lo largo de sesenta años de batallar continuo ¿podremos, los socialistas votar, sin traicionarnos, a otro partido que no sea el nuestro, ahora que aquellas discrepancias de ideas y de conducta, en vez de disminuir, se han acentuado?

Vivimos en un país en crisis, en un continente en crisis, en un mundo en crisis. Nos estamos acercando a una remoción de todo lo existente.

La sociedad nueva destinada de seguro a perdurar por siglos, debe ser obra del esfuerzo inteligente de los hombres, no el resultado del acertijo o del azar, camino de resignación que sólo conducirá a "los moldes que la ciega fatalidad nos de", acertada expresión de Juan B. Justo.

Los socialistas tenemos ideas definidas que nunca hemos ocultado. Frente al caos del mundo capitalista, aspiramos a una sociedad planificada; **planificación democrática**, no totalitarismo planificador. En cambio de la llamada "libre empresa" de la sociedad actual, proponemos la propiedad colectivizada, pero no para que una nueva clase de "gerentes" o "jerarcas" la maneje

como propia, consumando un despotismo peor aun a aquel que hoy pueden ejercer los propietarios del capitalismo, sino para hacer posible la libertad al nivel del productor. La explotación de un hombre por otro y de una clase por otra, no puede ser reemplazada por la explotación de todos los trabajadores por un solo patrón, el estado omnipotente, conculcador de los derechos esenciales. El ser humano, para cumplirse en plenitud requiere decorosas condiciones materiales de vida y también libertad. Hay que avanzar, no retroceder.

Un Partido Socialista al modo como actuó en el Uruguay durante más de medio siglo es necesario a este Uruguay como jamás lo fue antes. ¿Será posible la reorganización de ese partido?

En la vida política nunca me paralizó el temor de andar sólo y si me fuera permitido expresarme en frase ajena, diría que yo también "aprendí a llevar como trofeos, más que las simpatías que haya podido despertar, las antipatías que en otros he provocado". Pero la tarea de reconstruir un partido supera lo que puede hacer un hombre solo y más si ese hombre se halla en el umbral de los 8' años. Ofrezco mi concurso y reclamo el de los demás para hacer la empresa realizable.

Me doy cuenta que afrontar una campaña electoral es, además, una aventura económica. Para contribuir a los gastos, entregaré el único bien de que puedo disponer, mi biblioteca, a fin de que sea vendida en la forma que se considere más conveniente: si es necesario, en subasta pública.

No os invito, socialistas, a conquistar puestos, sino a algo más importante: os exhorto a librar otra batalla por aquellas ideas que apagaban nuestra sed de justicia. Si somos capaces de realizarlo, nuestro esfuerzo será apenas una gota de agua arrojada al torrente sin orillas de la perennidad de la vida; pero no nos habremos cruzado de brazos en la hora del combate, para refugiarnos después en la quejumbrosidad tardía y sin objeto.

Marzo 30 de 1966